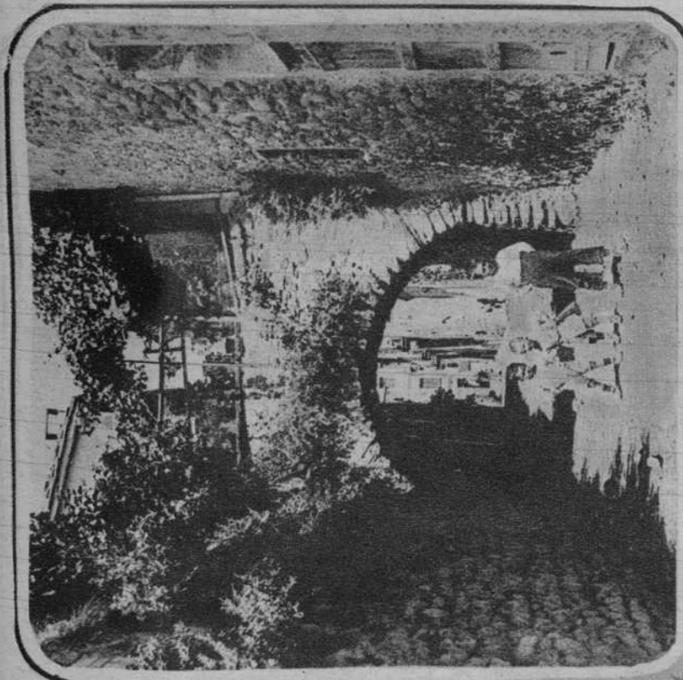
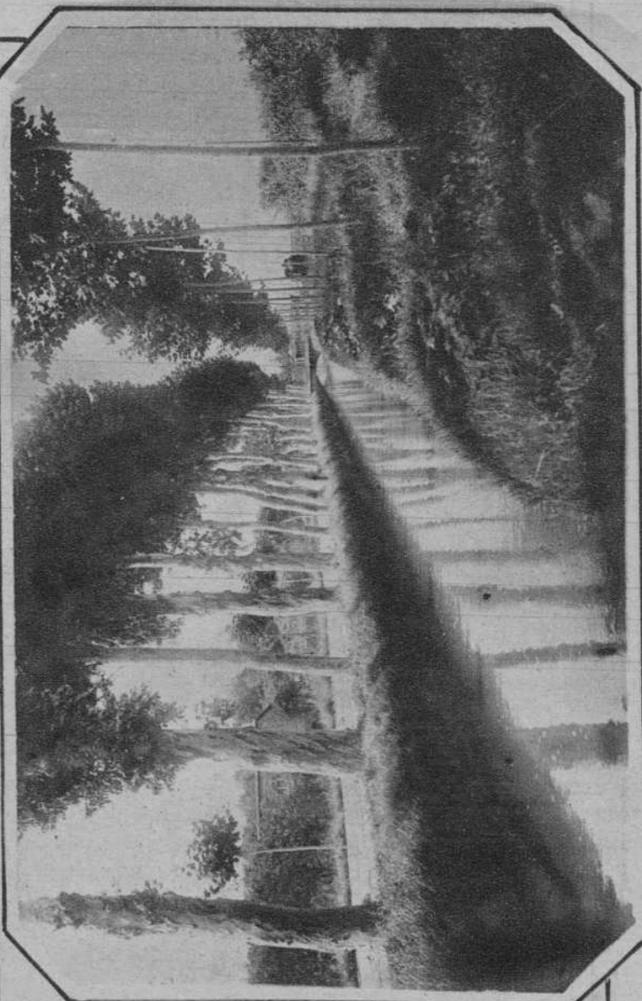
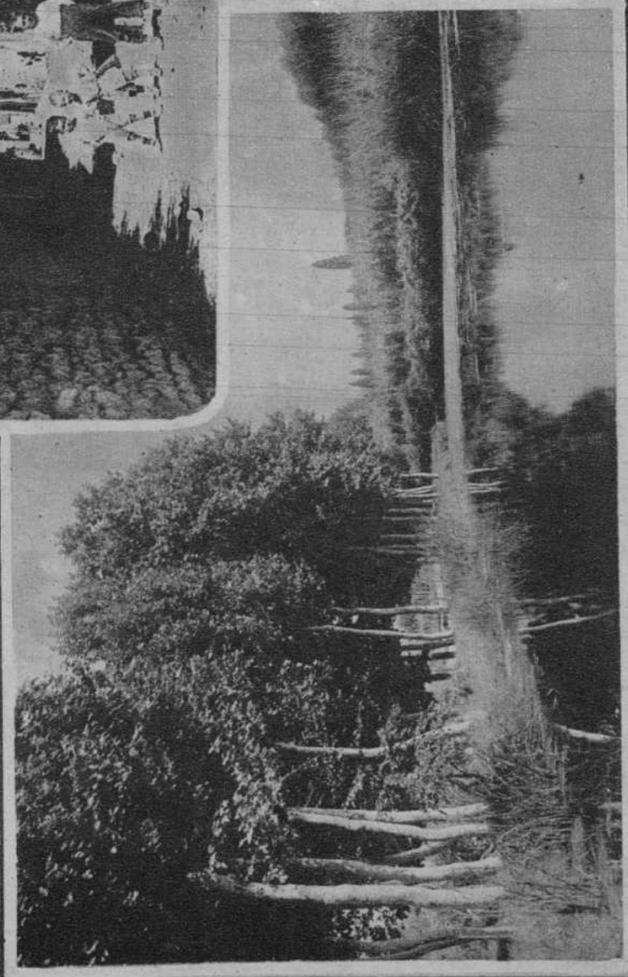


Salamanca
 Portada de S.ta
 Maria de las
 Dueñas.



Una típica calle
 de San Juan de
 las Abadesas

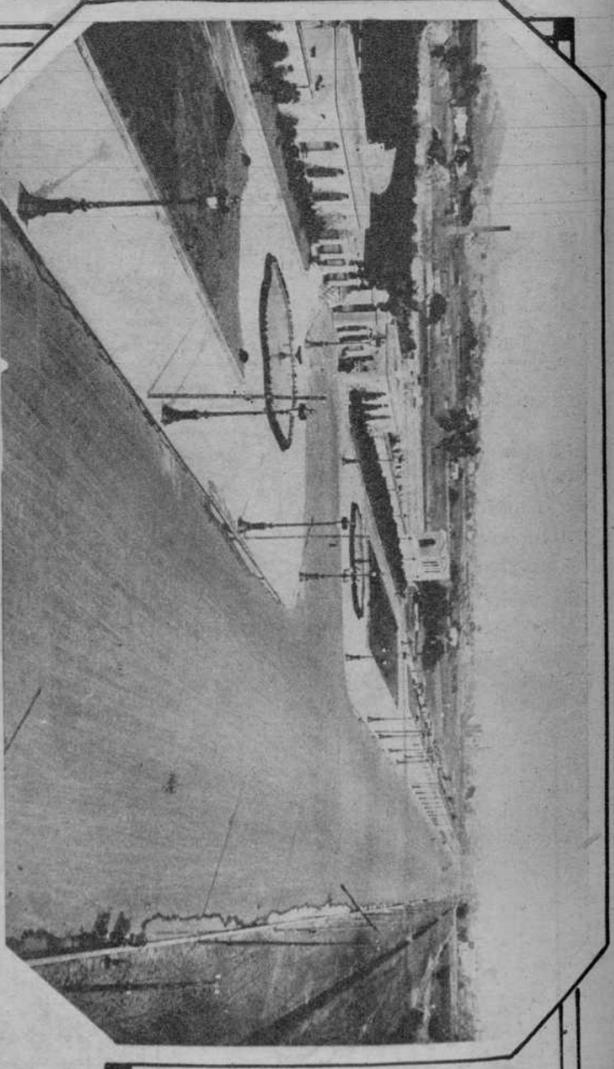


«Els Bullidors»
 Rubí

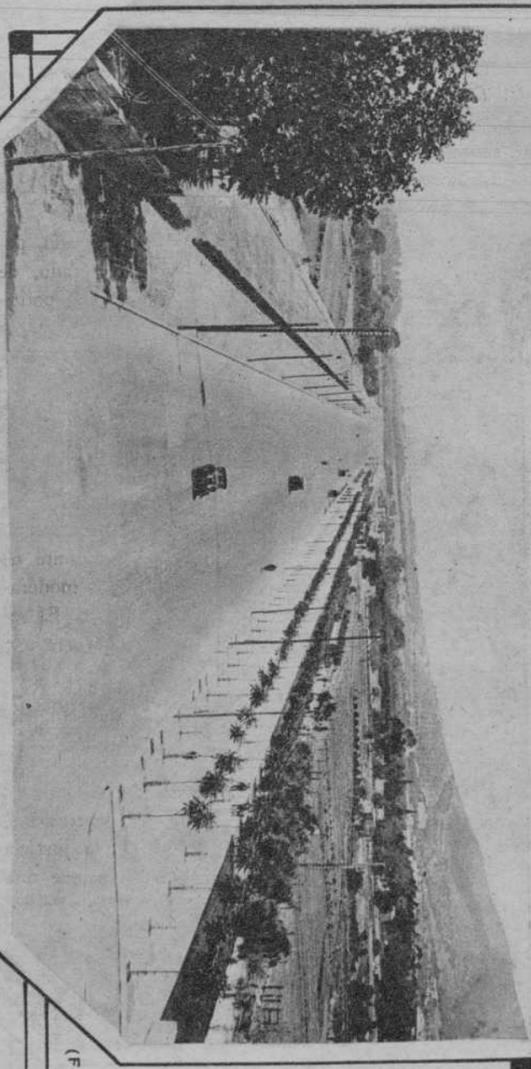
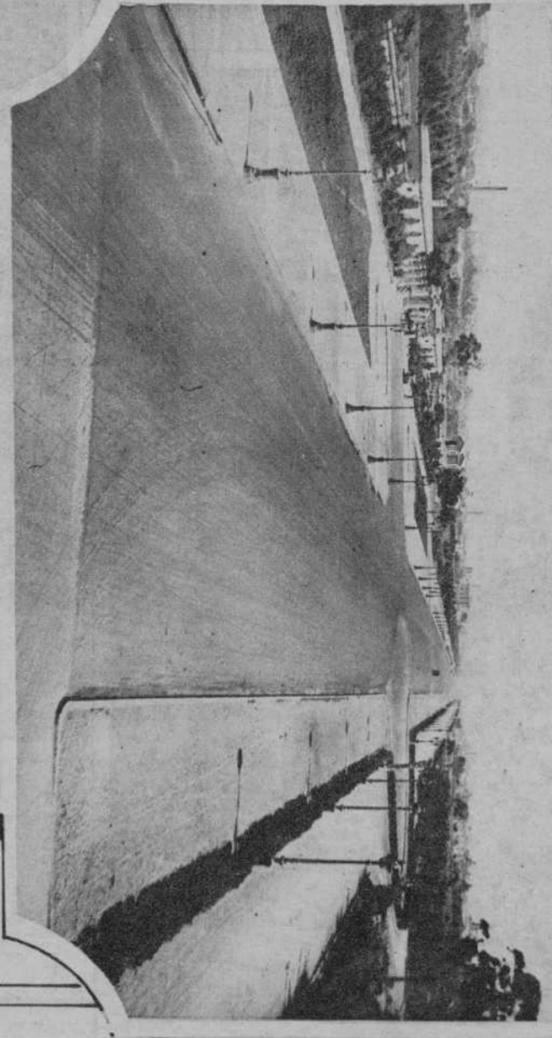
Canal,
 en San Baudi-
 lio de Llobregat

Cataluña
 pintoresca

ESTAS FOTOGRAFÍAS NOS PRESENTAN
HOMBRES Y MUJERES DALMATAS
CON SU TÍPICA INDUMENTARIA
(Fots. Vidali)



LAS
BELLAS
AVENIDAS
DE
BARCELONA

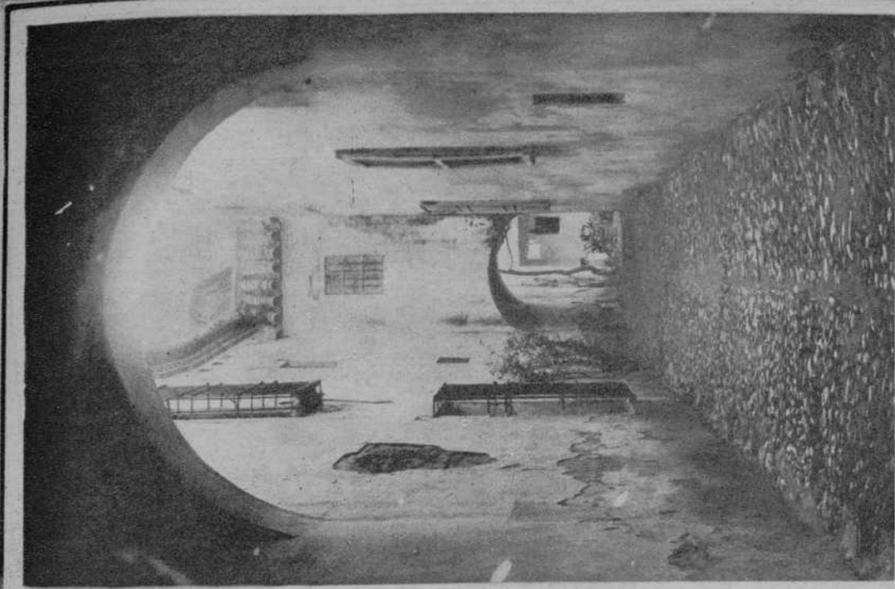
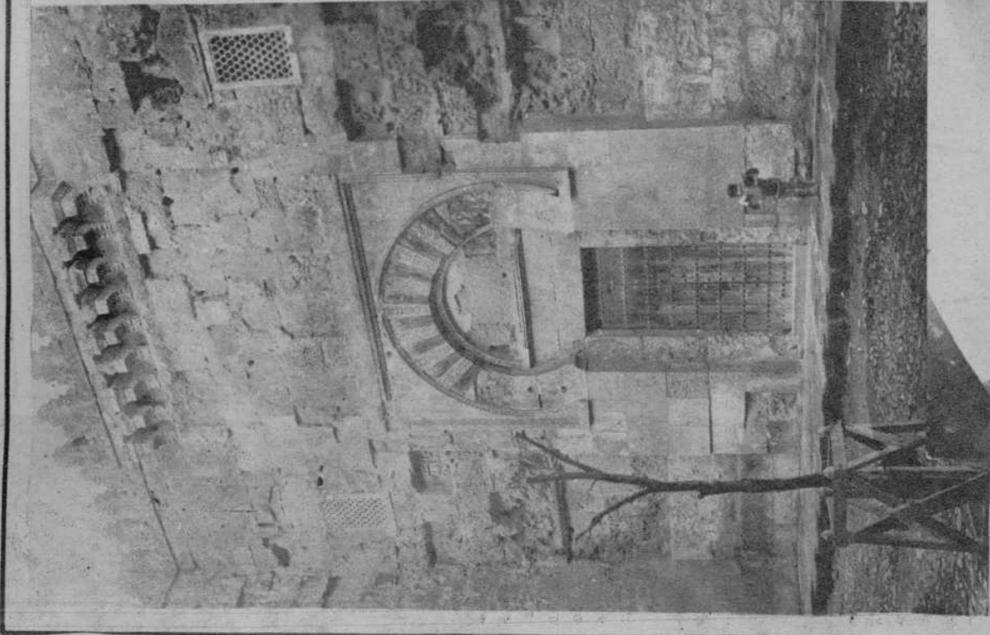
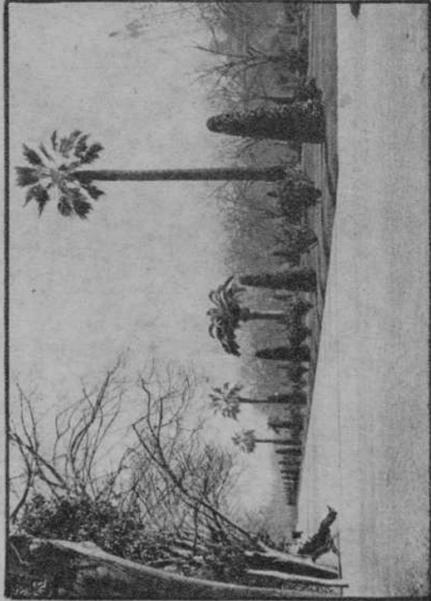
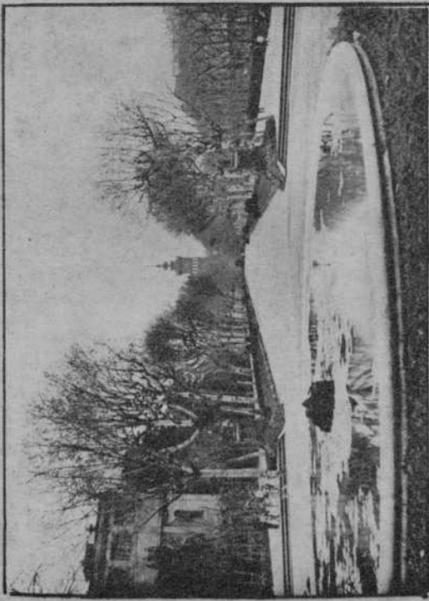


Tres aspectos
de la nueva y
hermosa urba-
nización de la
Avenida de Al-
fonso XIII
(Fots. Goringuez)

Córdoba

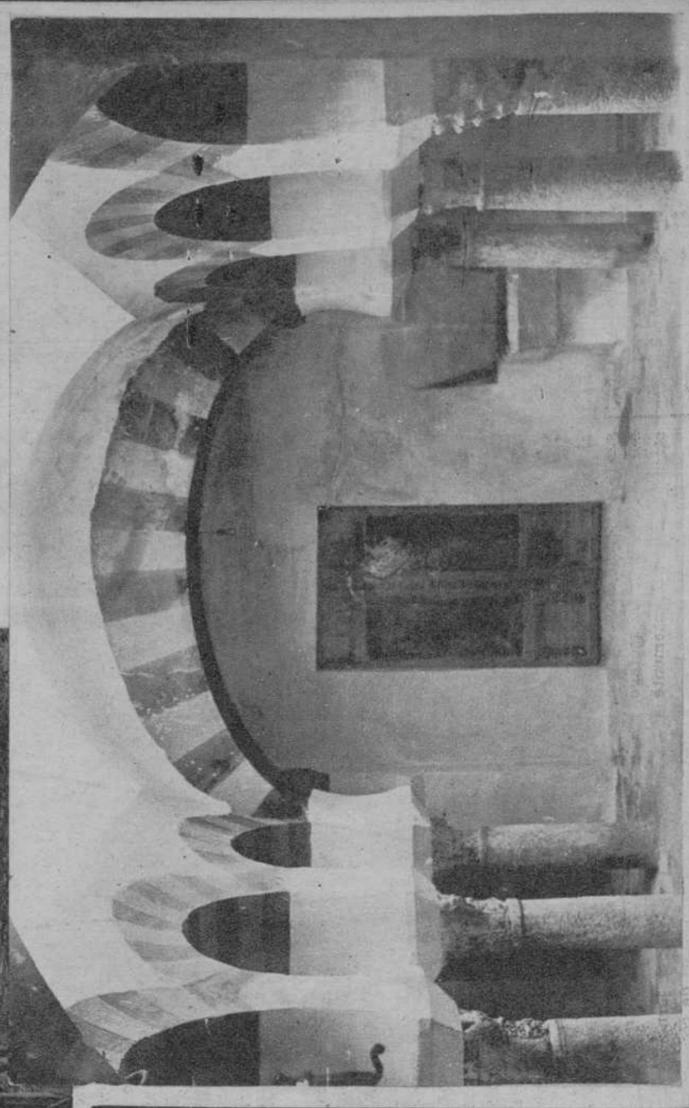
EL ANTIGUO PARQUE DE LA CIUDADELA OFRECE A LOS PASEANTES
 NUMEROSOS ASPECTOS EN LOS QUE LA NATURALEZA Y EL ARTE
 HAN PUESTO SUS NOTAS DE LUZ Y DE COLOR

(Fots. Vitalita)



Calle árabe que se conserva en Córdoba

Una de las
 puertas
 laterales
 de la
 Mezquita



Baño árabe, único que existe

SANTANDER



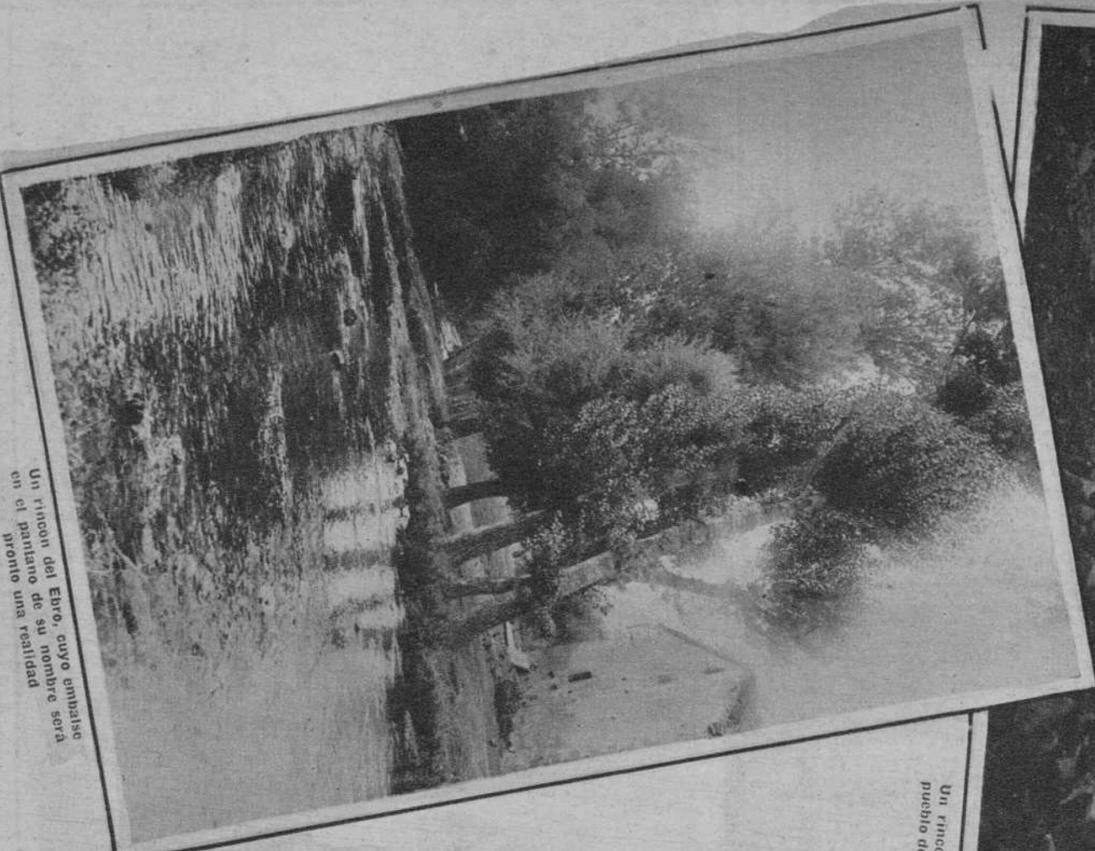
Un rincón del pintoresco pueblo de Barcená Mayor



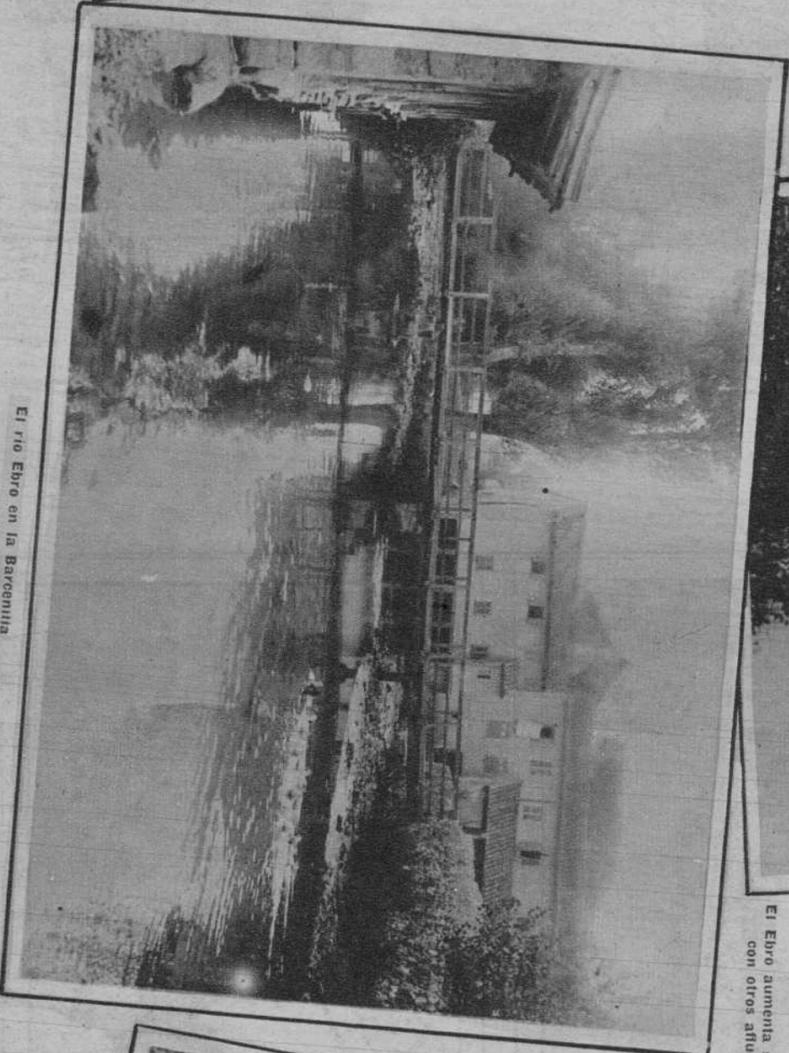
El nacimiento del río Ebro en Fontibre (Reinos)

(Fot. Samol)

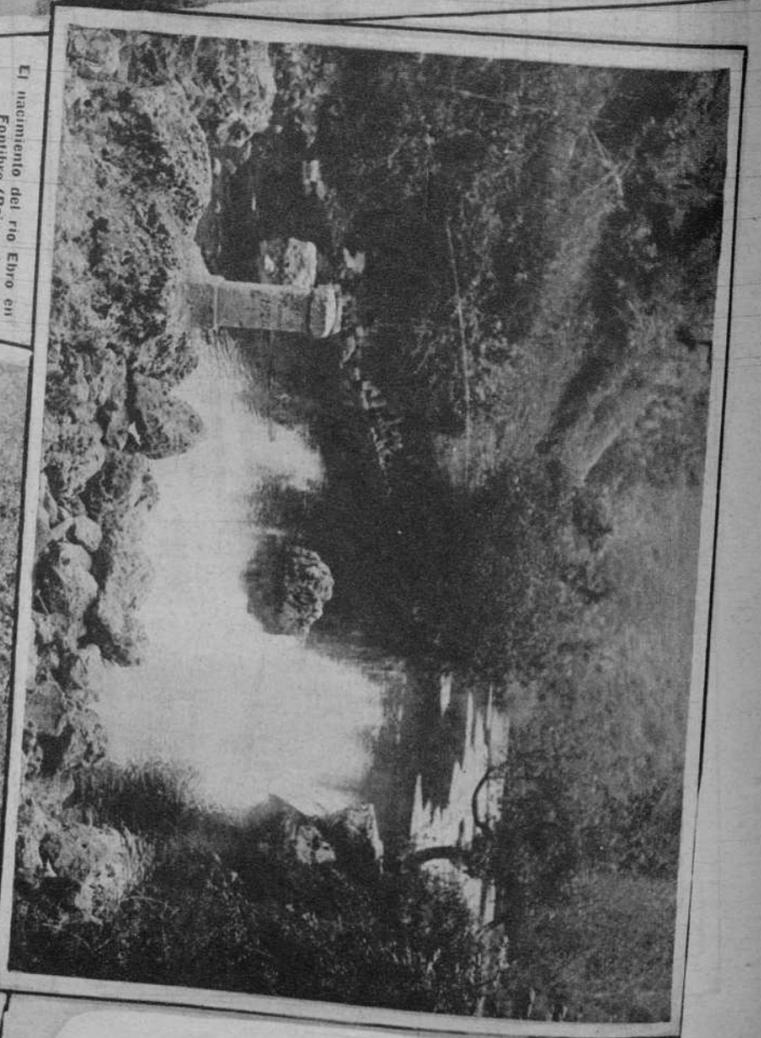
El Ebro aumenta su caudal con otros afluentes



Un rincón del Ebro, cuyo umbrales en el pantano de su nombre será pronto una realidad



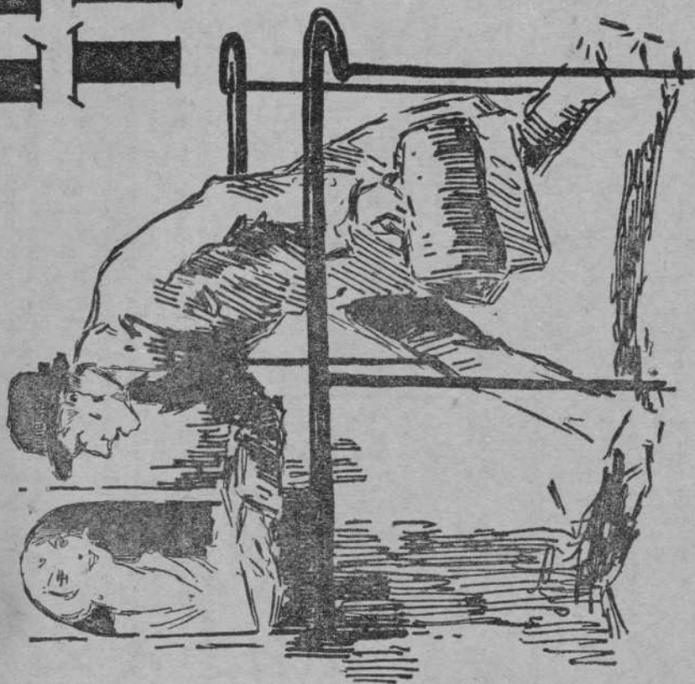
El río Ebro en la Barcenilla



Otro rincón pintoresco del Ebro

EN EL IRREN

POR CARLOS DULIÉ
ILUSTRACIONES DE TERRUELLA



gas, y mi cansancio no me aconsejaba pa-
sarias como un bellaco en el pasillo de un
tren correo, a las dos de la madrugada.
Formé el propósito de cambiar de coche
en la primera estación, pero el tren no
paraba hasta Brive, y entretanto...
Volvi al punto de origen, resuelto a ins-
talar en él, y di la llave del rever-
bero. El ambiente tibio, estaba impregna-
do de perfumes como un sbouquet.
La claridad de que se inundó el depa-
tamento despertó a la señora. Era bella y
provocadora como una tentación de media
noche. Su acompañante, arrebujado en
unas ropas, proseguía su monótono sueño.
Ella abandonó la cómoda postura y me
cedió un sitio en el asiento, mientras arre-
glaba los pliegues de su abrigo y se ali-
saba los cabellos, rubios como el oro.
Excuso decir que me negué a ocupar el
asiento, se pretextó de que la privaba de
continuar el sueño interrumpido. Insistió
ella, sin embargo; hubo protestas y cum-
pidos... y al poco rato charlábamos ya
como dos buenos compañeros de viaje.
Me explicó los motivos del suyo. Su es-
poso, que era el ser indefinible que ron-
caba delante de nosotros, iba a París (pa-
ra someter a la ciencia de un especialista
un agudo padecimiento. Por sistema (y
en aquel caso por delicadeza) tuve a bien
no hacer pública mi profesión.
Se habló después de las enfermedades,
del tiempo, de Cahors, de París... y tar-

con amable curiosidad) nos sacó el sílbido
estridente de la locomotora. Era que el
tren se disponía a partir.
—¿Hay paso? — pregunté, recordando el
apuro de Don Juan Tenorio al final del
cuarto acto.
—¿Para el andén?... Por aquí...
Sali al andén cuando el convoy ya
arrancaba. Los coches desfilaban ante mí
como sombras gemidoras en las oscuridad.
Las ventanillas, perfectamente cerradas,
cuidadosamente veladas, se aprestaban
contra las inclemencias de una noche fres-
ca y lluviosa.
Esperé el paso de las primeras y subí al
azar al primer departamento, como to-
man en la calle los tranvías los estudian-
tes atrevidos.
Me vi envuelto en la mayor oscuridad
Oía el ruido de una respiración acompa-
ñada, borrada a intervalos por los movi-
mientos del vagón. La luz de un fósforo
me proporcionó la inspección del lugar;
una pareja, tumbada a lo largo de los di-
vanes, dormitaba con envidiable placidez.
Envidiable por mi parte, porque yo no
puedo dormir nunca en el tren.
Sali al pasillo. Los demás departamen-
tos estaban también abarrotados de dur-
mientes. Unos en posturas incómodas, ab-
surdas; otros tiesos, hieráticos, semejantes
a esas figuras de piedra que todos hemos
visto en las puertas de las catedrales.
De Cahors a París hay once horas lar-

Quando llegué a la estación de Cahors,
acababan de cerrar el despacho de bille-
tes. Por lo menos así lo parecía, porque
a través del cristal esmerilado de la ven-
tanilla se filtraba todavía la luz del in-
terior.
—Un billete para París... ¿Me hace us-
ted el favor?—dije, pegando en el cristal
con los nudillos.
Como si mi voz fuese un conjuro, la luz
se apagó en aquel instante, y abriéndose
la puerta lateral de la cabina, apareció
en el marco la figura de la taquillera.
—Usted perdone, acballeiro, pero ha so-
nado la hora de partir el tren, y el re-
glamento nos prohíbe...
Formulé una disculpa. La billetera de
Cahors era hermosa, y yo, perdiendo tal
vez unos instantes preciosos, me entretu-
ve en mirarla largo rato, como suelo mal-
rar a las mujeres bonitas de todos los Pa-
ises.
Por los rincones del vestibulo algunos
empleados escondían hipócritamente en
las penumbras sus sonrisas estúpidas.
Realmente, yo no estaba presentable.
Veintitantas horas sin dormir, sin comer
casi, en aquel rincón provinciano, a den-
de fui llamado telegráficamente para ejer-
citar mis conocimientos en un enfermo
casi cadáver, me habían transformado en
un bohemio de Montmartre.
De nuestro mutismo (y digo «nuestro»,
porque la empuñada me miraba también

Al llegar a las puertas de Palacio, Sergio Balk las halló cerradas. Los solda-
dos de la guardia no llevaban escarapelas, y en ningún edificio flameaba la
bandera roja. Las ametralladoras entaban en posición. Todo hacía presumir que
en Palacio se preparaba la resistencia.

—Venimos a saber la actitud de la guarnición—preguntó Sergio Balk, al
oficial de guardia.

—Esperamos órdenes.

—¿De quién? ¿De la Duma?

—Nosotros dependemos del comandante de Palacio.

—¿Y si les atacan?

—Nos defenderemos.

—¿Y si no les atacan?

—Le repito que, al menos yo, acataré las órdenes superiores.

Sergio Balk, comprendió por aquel "al menos yo", que en Tsarkoieselo no
se opondría resistencia.

—¿Y la Virubova?—volvió a preguntar.

—Está enferma.

—¿Grave?

—Sí, lo ha estado, como las grandes duquesas, pero hoy la fiebre ha cesado.

—¿Nadie, desde Petrogrado, ha venido aquí?

—Nadie. Usted es el primero.

A ruegos del oficial, Sergio comenzó a contar las jornadas de Petrogrado,
mientras una greve tristeza se extendía por el rostro del oficial.

—Yo creo que las cosas no podrán continuar como estaban, pero sin dis-
ciplina caeremos en la anarquía. Estamos en la guerra, con el enemigo ocupando
nuestra patria y la patria está por encima de todas nuestras querellas. Que cai-
ga el Gobierno, que abdique el zar, si es preciso, pero la guerra hay que con-
tinuarla y sin disciplina, sin orden, no es posible seguir la guerra.

—Yo pienso igual y confía en que lo de hoy será pasajero. Por eso nos
hemos de reunir todos en torno de la Duma y evitar la guerra civil.

El diálogo estableció un comienzo de amistad entre los dos hombres, y
confiándose al oficial, Sergio le dijo:

—Si puede usted, haga decir a la Virubova, que aquí ha estado Sergio
Balk, el estudiante, su amigo, que procurará siempre velar por ella.

Por el camino de Petrogrado, comenzó a oírse un barullo de voces, gritos,
cánticos y bocinazos de autos, apareciendo pelotones de soldados y de estu-
diantes armados. El oficial dejó de hablar con Sergio, formó la guardia, hizo
tocar generala, y por los jardines comenzaron a correr soldados, disponiéndose
a la defensa, mientras que los que llegaban, deteniéndose, se preparaban para
atacar.

concertados, no sabían qué camino emprender, ni preveían un desarrollo nor-
mal para el movimiento revolucionario.

La burguesía rusa, pecó, en aquellos instantes de miopía y de imprevisión.
Nuevamente la Fatalidad se revolvía contra el zar. Presente en Petrogrado, po-
día haber canalizado o reprimido la insurrección. Presente en Petrogrado, de
acuerdo con la Duma, podía haber orientado la evolución del catachismo político,
salvando a la dinastía. Pero si la burguesía rusa, desorientada, no sabía
recoger el ímpetu popular, los jefes socialistas, más clarividentes, o más deci-
didos, se preparaban a hacerse suya la revolución. En el Palacio de la Duma, la
misma tarde del día 12 de marzo, quedó constituido el Comité, el Soviet, de
soldados, obreros y estudiantes. Un delegado por compañía, por fábrica o por
curso. Rodzianko, no vió el peligro y concedió al Soviet una sala. Los soldados
pidieron dar guardia a la Duma y sustituyeron a la antigua guardia.

Así, nacían dos poderes. Uno, legal, de misión sagrada, el Comité Ejecuti-
vo de la Duma. El otro, revolucionario, de unión revolucionaria: el Comité de
soldados y obreros. El primero lo compusieron dos conservadores, tras modera-
dos, cinco cadetes y progresistas y dos socialista. Presidente, Rodzianko. El se-
gundo, lo integraban centenares de delegados improvisados. Sergio Balk, era uno
de ellos.

Sergio Balk, que había mandado una compañía de soldados sin oficiales
durante la jornada, no llevando otra insignia que su gorra verde de estudiante,
pensó que el pueblo, ya casi triunfante, comenzaría las detenciones de sus ene-
migos y con las detenciones las venganzas. El a pesar de su pura sangre rusa,
concebía la revolución a la manera francesa, llena de lirismo y de generosidad,
pensando a un tiempo en la patria y en la humanidad y ejerciendo la justicia
revolucionaria, no turbamente, como el populacho, que ve en ella más que una
represalia, sino serenamente, ante un tribunal legalmente constituido. Pensó,
además, que si él se encargaba de las detenciones, podría salvar, o al menos pre-
servar de ultrajes, a la Virubova.

—Se presentó a Rodzianko:

—Señor presidente: Con mi compañía voy a detener a los ministros actua-
les y a los pasados.

—¿En nombre de quién?

—En nombre del pueblo.

—Pero no hay un mandamiento judicial.

—Pero hay una voluntad revolucionaria.

—Yo no puedo prohibíroslo, pero tampoco os puedo autorizar esas deten-
ciones.

Rodzianko, como muchos monárquicos constitucionalistas, a pesar de su
sinceridad revolucionaria, fundamentada en un suave liberalismo y en una enor-



Pasatiempos



Actriz española
(Por ENGRACIA RAMON)

Flor Tajo Arbol

Dicho del «Guerra»
(Para «Don Ventura», por ENGRACIA RAMON)

Nota Naide
Trobada Del Gat

En la ermita
(Por J. M. BOADAS.)

VION NOIA
T Espacio de tiempo

Charada
(Por JUAN PUIG TOLOSA)
Prima-dos, es alimento;
de Europa, España una es
la prima-tres;
el todo nombra a un sport.

Nombre de varón
(Por JAIME CABRE FONTBOTÉ)

E 1,000 O

Ex ministro español
(Por F. PARELLA)

Capital 1,3,5,7,9
europea

Charada
(Por LYDIA GARAY)

En el todo, yo descanso.
La primera, es musical.
Y segunda-tercia nuevo,
siempre que juego al billar.

Para comer
(Por LYDIA GARAY)

Julio Vocal

Se está quedando sin estatuas

NOTA 50
Coso D Prueba
En el dedo

Monte célebre

Cómo pinta
a la ocasión
AMAZ O MAS

Trio argentino

MARCHAR UUU
Escapatoria ZOTE—e
D MAR e

(Las soluciones, en el Extraordinario del próximo domingo).

Clia Grasso

CUPON
QUE DEBE ACOMPAÑAR
A TODO ENVÍO DE PASATIEMPOS

Habiendo viajado y resido en las costas de Italia y en las de Andalucía, los atractivos innegables de estos magníficos escenarios, no le hicieron olvidar las bellezas del terruño, antes al contrario, le ayudaron a comprender el esplendor de nuestras costas levantinas.

Con ojos de enamorado, vió aquella luz radiante que, bañando plenamente las cosas, las sumergía en un ambiente luminoso, en que penetrando ésta hasta lo honrado, cristalizaba los objetos, dándoles reflejos tornasolados, refulgencias nacaradas y azules triunfales.

Vió la espuma albamante virginal y las casitas puramente sencillas, y halló en nuestro paisaje el encanto mismo de aquellas composiciones meridionales que había saboreado, pero con el atractivo mayor, que le daban, el hallarse libre de toda influencia artificiosa, de un prestigio literario.

Para plasmar su veneración a tanta belleza, trasladó a la tela los efectos a plena luz, sin valerse de contrastes violentos de sol y sombra, y apelando a su vigorosa intuición pictórica, halló la fuerza de ésta, interpretando con rutilancia la innumerable gama de reflejos y de irradiaciones luminosas, del cristalino espacio.

Nadie como él supo trasladar con tanto acierto nuestros más típicos pueblos. Castellterrol, Moyá, S. Feliu de Codinas, Tostes, Sitges, Blanes, Cadaqués, Vilanova, etcétera. Dió pictóricamente la nota justa, y además, supo subrayar el carácter con la acertada elección del conjunto y de sus accesorios.

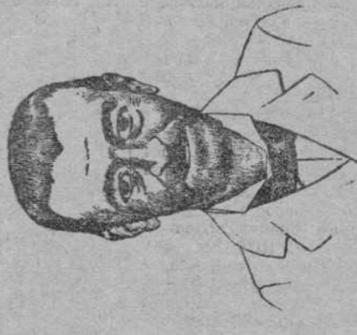
Era un enamorado del sol. Para aprovechar el día, en su casa, se comía a las doce, y así podía después de la jornada matinal, aprovechar la de la tarde, desde las tres hasta las cinco. El paisaje nublado, raras veces lo pintó.

Durante el invierno, era muy aficionado a tomar los apuntes y notas del puerto de Barcelona. Con una pequeña caja que podía echársela al bolsillo, recorría el muelle de la «Riba», playa de pescadores, muelle de Vulcano. Estos apuntes eran con preferencia gente de mar, pescadores, descañadores, navegantes, y estas figuras servían para animar las hermosas telas que hacía en el taller. También tomaba notas de soldados, desde el monumento a Colón y por Santa Lucía, ferias de Navidad, Reyes, Domingo de Ramos, siempre se le veía tomando apuntes, ya de los vendedores de peserebres, de pavos, de juguetes o de palmas. Eran escenas vivas, llenas de exuberante colorido.

Había dibujado muchas academias en el Círculo Artístico, y para ello, se servía de lápiz Paris, miga de pan y papel de estraza de lo más ordinario, teniendo la in-

variable costumbre de romperlas al terminadas. En su juventud, pasó largas temporadas en Italia, visitando Roma, Venecia, Milán, Nápoles, Sicilia, y se detuvo mucho tiempo en la isla de Capri, tan llena de poesía y dulces encantos. Estudió en París, y de España visitó Madrid, Toledo, Escorial, y muy detenidamente Sevilla, Córdoba, Granada, Málaga y Mallorca.

Esta vida errante le sirvió para adquirir una vastísima cultura literaria. Conoció todo lo escrito en catalán, mucho de lo cas-



JUAN ROIG Y SOLER

tellano, francés e italiano, dominando perfectamente estos idiomas.

Entre las apreciables cualidades que le adornaban, tenía la de ser muy gracioso y de buen humor. En su casa y en el taller, mientras pintaba, solía estar siempre acompañado de conocidos y amigos, aficionados a pasar un buen rato, escuchando sus regocijantes agudezas.

Tuvo dicho taller, muchos años, en un piso tercero de una casa de la calle de Liadó, edificio muy antiguo, donde el primero y el segundo estaban ocupados por la Posada de San Justo. Tenía por compañeros los artistas Juan Planella y Rodríguez, Vicente Bui, José Maristany y José Oriola Cortada. Los artistas contemporáneos suyos más íntimos, fueron: Luis Graner, Santiago Rusiñol, Ramón Casas y Fontdevila, Ricardo Urgell, Luis Labarta, Andrés Cusachs, Batlle Amell, Joaquín Miró de Argenter.

Se cuentan de este artista, algunas graciosas anécdotas de su vida pictórica. Acabado un cuadro hecho por encargo, se presentó su dueño, y viendo Roig y Soler que permanecía delante su obra sin decir nada, le preguntó: «¿Be, qué ¡il agrada?»—«Sí, le contestó el tal señor—pero ¡lo trovo que ¡hi han pocos nuvoles». «¡Vol que ni posi deu?»—«Sí, ¡i que quedin be!»—le contestó muy formal el otro.

Cuando pintaba sus calles y plazas soleadas, su pesadilla eran los chiquillos que

JUAN ROIG Y SOLER

EL PINTOR DE LA LUZ

le rodeaban para curiosar el proceso de su trabajo. Un día estaba pintando una casa con una pintoresca escalera en que unos traviesos muchachos, bulliciosamente, se dejaban resbalar por el pasamanos, sin hacer caso de los gestos de contrariedad del pintor. Roig y Soler, entonces imperturbable, no dijo nada, esperando que se cansaran, pero quiso la mala fortuna, que uno de ellos resbalase, cayéndose al suelo, y causando un chichón más que regular. Vino, arrañada por sus lamentos, su madre y, airada, se revolvió contra aquel señor, que según ella, no hacía nada, y había podido evitar la catástrofe. Harto ya Roig y Soler de tanta imperminencia, dijo: «No, no, lo que ¡hi falta aquí, es un ¡altre rey Herodes».

Otro día, sitiado por un enjambre de caras infantiles, que olían a cebolla y ajo, perfumes que le volvían loco, llenando de color el pincel, untó a la redonda, las narices de los curiosos, que huyeron rápidamente. Con todo, cuando el espectador era uno solo, formal y buen chico, ya era otra cosa. A uno muy serio, guapito y aseado, le preguntó qué le parecía su pintura, contestándole éste al punto: «¡Li falta la llanetas, y él, complaciente, la pintó, ¿i are, ¿qué mes?».

«¡Volví a preguntarle. «Les estrellés», y también le satisfizo. Cuando el nene volvió la espalda, borró lo que tan amablemente había añadido.

Desde 1875, hasta su muerte, trabajó Roig y Soler con una actividad prodigiosa, con honra y provecho. El rey Leopoldo de Bélgica, y el de Baviera, adquirieron obras suyas para sus galerías particulares. Durante el período de las bombas, sufrió una crisis la venta de su producción, pero esto no entibió lo más mínimo su entusiasmo por la pintura, si bien no la recomendó a sus hijos, y siempre que hablaba con aspirantes a artistas, les decía: «¡voley esser pintors? ¡nois, quina llástimal poc vos imagineu lo que vos espera...»

Sus dos hijos, Emerenciano Roig y Roventós, el original escritor de «La Catalana del vuitcents» y «La pesca a Catalunya», estudió farmacia, y José cursó la Medicina, y con todo y su innegable pericia en la carrera que con tanto lucimiento ejerció, le queda aún tiempo para ser autor de interesantes novelas. Tanto el autor de «Sang nus», como su inteligente hermano, han heredado el impetuoso amor a la tierra, añadiendo al patrimonio de Cataluña, obras dignas del prestigioso nombre de su padre.

Roig y Soler obtuvo medallas en los Exposiciones de París, Madrid, Barcelona y Zaragoza, y de su copiosa labor sólo hay en el Museo Municipal de Barcelona los lienzos «Playa de Sitges» y «Calle Blanes».

Páginas infantiles



HISTORIA NATURAL

EL PELICANO

La familia de los pelicanos sólo comprende un género, con unas diez especies. De estas aves pescadoras, la que con más frecuencia se ve en los parques zoológicos es el pelicano común, que habita en Hungría y demás países del S. E. de Europa, en el mediodía de Asia y en el N. E. de África.

Los pelicanos son muy notables por la extraña bolsa membranosa, sumamente dilatada, que pende de las ramas de la mandíbula inferior, aumentando la capacidad de su largo pico. Su plumaje es blanco, lavado de un ligero matiz rosáceo, y su corpulencia supera a la del cisne, alcanzando 185 metros de longitud por cerca tres metros de envergadura.

A pesar de ser un ave tan grande, gústate pararse sobre las ramas de los árboles, y siempre que puede disponer de ellas, allí se coloca para dormir. Vuela también con una destreza y una gracia admirables; cubriale algún trabajo arrancar, pero una vez en el aire lo mismo vuela batiendo las alas como los gansos, que se sostiene en el espacio con ellas inmóviles, al modo de las rapaces.

Forma el pelicano grandes bandadas, algunas veces de muchos miles de individuos y anda en colonias. Su curioso nido, es un toco montón de juncos y ramas de arbustos, sobre la cual la hembra pone tres o cuatro huevos blancos, revestidos de una capa caliza de color lechoso. Las crías tienen que ser alimentadas durante largo tiempo por los padres, y a este propósito sin duda, es corriente leer que la hembra lleva peces en las bolsa del pico, y hasta que la llena de agua con este fin, ni más ni menos que si fuese una pecera o acuario natural!

Pero esto es inexacto; en cuanto el pelicano acaba de pescar, engulle los peces, y si tiene crías, donde se los lleva es al buche, lo mismo que llevan las palomas la comida a sus pichoncitos.

Se ha considerado el pelicano como símbolo del amor maternal y de la caridad cristiana, porque se llegó a creer que ali-

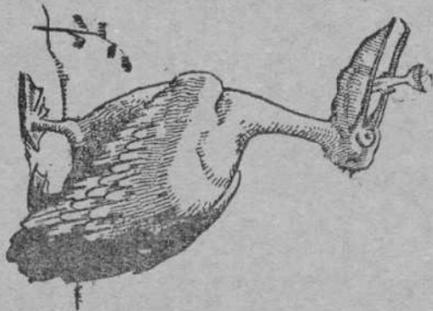


GALERIA DE HOMERES ILUSTRES

JORGE STEPHENSON

mentaba a sus polluelos rasgándose el pecho con el pico, al verle oprimir la bolsa llena de pescado contra el pecho y dejar que sus pequeños picoteen esta provisión. Los arábes los ensartan por los ojos y después de muertos los aprovechan para comerlos, y sin embargo la leyenda mahometana cuenta que en la construcción de la Canba de la Meca, escaseando el agua, miles de pelicanos la llevaban en sus sacos para el trabajo de los albaniles.

Hay que advertir a nuestros lectores, que la venerable leyenda de que el pelicano alimenta a sus hijuelos con su propia sangre, es pura fábula. La verdad de todo esto, es que al llegar al nido, la hembra, por medio de extraños movimien-



PELICANO

tos, devuelve el alimento que lleva deshecho en su bolsa y abriendo el pico lo presenta a sus hijos, que lo devoran con avidéz. Cuando los tres pequeños (porque generalmente son tres los pelicanillos) son más crecidos, la madre se limita a abrir desmesuradamente el pico y los pequeños, uno tras otro, meten pico, cabeza y cuello por la faringe materna, hasta alcanzar el buche, y extraen de allí lo que pueden.

Nada tan curioso como el espectáculo de un pelicano adulto alimentando así a sus pollos, uno de ellos con toda la cabeza sepultada en su esfírago, mientras los otros esperan pacientemente su turno.

B. S. N.

nos, abandonó por algún tiempo la aldea de Killingworth.

En 1810, se abrió en esta población una nueva mina, en la cual se estableció una bomba de antiguo tipo de Newcomen. Pronto se vio, no obstante, que la máquina no era capaz de tener seco el pozo. Se hicieron venir mecánicos, pero ninguno fué capaz de salir afuera de la empresa. Stephenson, que había presenciado la instalación de la máquina, vio que había algo mal dispuesto y solicitó introducir en ella algunas reformas.

Jorge comenzó sus trabajos y al cabo de una semana la máquina funcionaba ya normalmente.

Como recompensa a sus trabajos, la Compañía le otorgó la dirección de las máquinas, con un jornal respetable.

La fama de su pericia se fué extendiendo por toda la comarca, de suerte que Stephenson llegó a ser imprescindible para resolver las dificultades que los mecánicos no podían solventar. Jorge estudiaba todas las noches con un tal Juan Wygham, el cual le enseñó matemáticas. En colaboración con el inspector Nicolás Wood y su hijo Roberto, realizó Stephenson en su propia casa una serie de ensayos en la construcción de una lámpara que no incendiara el aire mezclado con el grisú, cuyos experimentos dieron un excelente resultado.

Reconocido el mérito de este descubrimiento, se celebró en Newcastle una fiesta en honor del inventor, en la cual se le hizo entrega de la cantidad de 1,000 libras esterlinas, reunidas por suscripción entre obreros y patronos agraciados.

Con este dinero, Jorge comenzó el desarrollo de la locomotora práctica, y a pesar de que tiene que compartir con otros el honor de haberla desarrollado, no sin justicia se le llama inventor de la locomotora, por haber sido él, quien por medio del aprovechamiento práctico de numerosos inventos pequeños, realizados por otros y por él mismo, formó el tipo fundamental de la locomotora moderna.

El ferrocarril de Sarrington, que construido por Stephenson, se inauguró en 1825, y en el cual se empleaban locomotoras y caballos en combinación, suplió todas las esperanzas, y al año siguiente obtuvo Jorge un señalado triunfo con la construcción del ferrocarril de Manchester a Liverpool y la introducción del vapor en aquella línea. En esta tarea halló muchos contribuyentes y sufrió muchas amarguras, pero finalmente, el maquinista de Killingworth venció a los técnicos más famosos de Inglaterra.

Después que la batalla de la locomotora fué ganada, estuvieron tendidos los rai-les y hubo comenzado el tráfico en septiembre de 1830, la tarea de Stephenson con el ferrocarril de Manchester estaba aún lejos de haber terminado. En los años

que siguieron tuvo mucho que hacer en la organización del tráfico. El de pasajeros superó a todas las esperanzas y el tendido de los rai-les no estaba calculado para atender a las exigencias de tan enorme movimiento. Fué necesario realizar trabajos de reforma.

Las construcciones de nuevos ferrocarriles fueron dirigidas en gran parte por Roberto Stephenson, hijo del inventor. Por más que Roberto ayudara a su padre, el trabajo de éste era, de todas maneras, decisivo.

Los años de 1834-1837 fueron quizá los más accidentados de su vida.

Estuvo en continua peregrinación para tratar planos de nuevos ferrocarriles; negoció con Comités y autoridades; vigiló los trabajos del tendido de líneas, etc. En sus diferentes viajes por Europa fué nom-



JORGE STEPHENSON (1781 - 1848)

brado caballero de la Orden de Leopoldo por el Rey de Bélgica.

Jorge Stephenson desamó los últimos años de su vida en su propiedad de Tapson House, en las cercanías de Chesterfield, donde poseía grandes minas de carbón. El famoso inventor no olvidó a sus antiguos amigos. Cuando iba a Newcastle, no dejaba nunca de llevarse a Killingworth, en busca de los que habían sido sus compañeros en sus años de vicisitudes y miserias. Ayudaba a los necesitados con respetables sumas y sabía hacerlo con tal delicadeza que jamás hería los sentimientos de ninguno.

En agosto de 1848, durante una visita que hizo a Birmingham, le asaltó una fiebre violenta y murió el 12 del mismo mes, a la edad de setenta y siete años. Su cuerpo yace sepultado en la iglesia de la Trinidad de Chesterfield.

Roberto Stephenson, continuó la obra de su padre, pero la enorme suma de trabajos acabaron con sus fuerzas y en 1859, al volver de un viaje a Noruega, enfermó del hígado, falleciendo el mes de octubre del propio año, cuando apenas contaba cincuenta y nueve años de edad.

No cabe duda de que el genio y la personalidad de Jorge Stephenson volaron más alto que los del hijo, pero éste heredó muchas de las aptitudes del autor de sus días, principalmente su energía y su carácter práctico. La Historia debe por tanto tener a padre e hijo como los fundadores del sistema ferroviario.

B. S. N.

COSAS QUE SE CUENTAN

El joven Eduardo se complacía en burlarse de la gente. Un día se hallaba en su habitación escribiendo un carta a la que debía acompañar seis monedas de oro, nueve veces y reduciendo, que tenía su lado en la mesa.

En este momento entró en el cuarto su hermana Emilia. Vió las monedas y preguntó a su hermano:

—¿Dónde crece este oro?

Eduardo repuso:

—Estas monedas provienen de un árbol que se llama el árbol de las onzas de oro. Se siembran las monedas en el suelo como si fueran arvejas y cada una de ellas produce una mata que no tarda en cargarse de peñoncos.

Dichas estas palabras reanudó la tarea de escribir la carta. Entre tanto Emilia tomó las monedas sin que su hermano lo advirtiera y corrió al jardín, donde las sembró sin pérdida de tiempo.

Terminaba Eduardo de escribir la carta cuando entró Emilia y le dijo alegremente:

—Querido hermano: pronto tendrás una gran cantidad de onzas, pues acabo de sembrar en el jardín las que estaban en la mesa. El joven, muy fastidiado, se puso de pie; tomó a Emilia de la mano y corrió con ella al jardín.

Pero ya porque la niña no recordara exactamente el lugar donde había enterrado las monedas, o ya porque las había retirado algunos jornaleros que trabajaban en el jardín, el caso fué que las onzas no parecieron.

Cuando el padre se enteró de lo que había ocurrido, dijo a Eduardo:

—Tu mentira ha sido castigada con la pérdida de las seis onzas. Es cierto que indica poca sensatez sembrar monedas de oro creyendo que han de producir plantas cargadas de onzas; pero tu hermana merece menos reprensión que el que se complace en sembrar mentiras.



—Si le cae el cabello use esta agua. A mí también me caía, y desde que uso esta agua ya no me ha caído más.